

los mil gérmenes de destrucción, de las mil respuestas de muerte que suscita debajo de sus piés en todas partes.

¿Será acaso por una fatal extensión á la razón de esta horrible manía del suicidio, que habrán de explicarse estas preferencias, yo no diré de los ignorantes, sino de los mismos sabios, y sobre todo de los sabios?

La fe da al hombre por origen y creador á Dios, por primer padre á Adán, que salió perfecto de las manos de Dios; mas el hombre prefiere nacer al acaso de una serie de transformaciones indefinidas y tener por primer padre al mono.

La fe le da un alma espiritual capaz de comprender y amar; mas él hace esfuerzos inauditos por no ser más que una materia organizada. La fe le manda elevar los ojos hácia el cielo en donde le aguarda, si la quiere, una felicidad eterna é infinita, mas él juzga mejor hacer de la tierra su única patria y evocar la nada á grandes gritos.

Estas preferencias horribles, estas sacrílegas repulsiones de lo que es verdadero, bueno y hermoso, este odio encarnizado de la fe y de los bienes que acarrea, no tienen por cierto nada de humano. Son sobrenaturales, pero de un sobrenaturalismo infernal; y harto ciego sería el que no viese ahí una demostración patente de la divinidad de nuestra fe. El milagro del mal, como el milagro del bien, es un argumento invencible de la verdad. Hé aquí el milagro del mal: *Homo, cum in honore esset non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.* EL HOMBRE POR LA FE LLEGADO AL COLMO DEL HONOR, NO LO HA COMPRENDIDO; HA QUERIDO DESCENDER AL NIVEL DE LOS ANIMALES DE CARGA, QUE SON IRRACIONALES, Y SE HA HECHO SEMEJANTE Á ELLOS!

Concluyo con otro texto, en que S. Pablo hace aún alusión á la fe como el telescopio de nuestra inteligencia y corazón. (Carta 1.^a á los Corintios, cap. XIII, v. 12-13): «Ahora nos miramos en el espejo de la fe, y lo que vemos queda aún en el estado de enigma. Pero un día veremos cara á cara. Hoy conocemos, pero en parte solamen-

te; un día conoceré como yo soy conocido. Acá abajo tengo tres grandes cosas: la fe, la esperanza, la caridad. En el cielo quedará sola la mayor de todas tres, la caridad, y con ella la felicidad sin nubes y la paz eterna de los cielos!»

¿Quién de nosotros, carísimos lectores, será tan enemigo de sí mismo, que prefiera á la tierra de los vivos por la fe, la tierra de los muertos sin la fe, que Job llama, en su tan enérgico lenguaje, *tierra de la miseria y de las tinieblas, siempre cubierta de la sombra de muerte, en donde no reina ningún orden y sí un horror sempiterno?*

¡Oh! sí, nada más excelente que la fe tan admirablemente descrita por S. Pablo y tan exaltada por él en su sublime y elocuente carta á los Hebreos: la fe de los tiempos antiguos, de Abel, Enoc, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, José, Moisés, Josué, Gedeon, Baruc, Sansón, Jefté, Samuel, David; la fe de los tiempos nuevos, de S. Juan Bautista, san Pedro, S. Pablo, S. Juan evangelista, S. Estéban; la fe de la Edad media, de S. Jerónimo, S. Agustín, S. Ambrosio, S. Gregorio, S. Leon, S. Juan Crisóstomo, S. Basilio, san Anselmo, S. Bernardo, Carlomagno, Sto. Tomás, S. Luis; la fe de los tiempos modernos, de S. Francisco Javier, san Francisco de Sales, S. Vicente Paul, Bossuet, Fenelon, Newton, Racine, Keplero, Corneille, Eulero, Ampere, Cauchy y tantas otras celebridades literarias, científicas, teológicas y filosóficas; la fe por la cual tantos héroes de la humanidad han vencido al mundo, cerrado la boca á los leones, detenido la violencia del fuego, embotado el filo de las espadas, remediado males incurables, reportado grandes victorias, puesto en fuga á ejércitos extranjeros y resucitado á los muertos.

Se les ha visto sacrificarlo todo á la resurrección prometida por la fe, sufrir todos los tormentos, recibir azotes y escarnios, ser apedreados, aserrados, degollados, ó reducidos á errar por los desiertos,—ellos de quienes el mundo no era digno—cubiertos de pieles de oveja ó de cabra, corriendo de una á otra parte, en la indigencia, en la aflicción, entre angustias, ocultándose en soledades y montañas, en los antros y cavernas de la tierra.

Es siempre S. Pablo quien habla. «Nosotros, pues, viendo sobre nuestras cabezas una tan grande nube de testigos, despojándonos de las miserias y pecados, corramos con denuedo y paciencia hácia el objeto que nos ha sido propuesto, contemplando y adorando al autor y consumidor de nuestra fe, Jesús, sentado á la diestra del trono de Dios.»

Hemos llegado ya á esta conclusion capital: la fe es eminentemente racional y gloriosa, porque es el complemento divino del alma humana. Telescopio bendito de mi inteligencia, la pone al alcance de las verdades que más le interesa conocer, y que no puede descubrir por sus propias fuerzas. Telescopio no menos bendito de mi corazón, le inicia en los bienes que puede y debe esperar, únicos que satisfarán su sed insaciable de felicidad. La fe, además de mostrar el camino que lleva á lo verdadero y lo bueno, es la fuente necesaria y eficaz de la felicidad, porque ella sola destruye en nosotros lo que á la misma se opone, ella sola hace gustar los consuelos y goces que constituyen la felicidad, ella sola nos conserva en la posesion plena y total de la felicidad. La fe, en una palabra, eleva, sublima, ennoblece al hombre; la ciencia incrédula lo abate, lo empequeñece, lo degrada.

¿Pero será que las verdades de la fe son contrarias á las verdades de la ciencia? Esta duda implica contradiccion en los términos. La verdad es una y no puede contradecirse á sí misma. Luego la revelacion y la ciencia son verdad todas dos, necesariamente una y otra han de marchar acordes.

En efecto, nosotros vamos á establecer, en los capítulos que seguirán y de la manera más verídica, el acuerdo más perfecto entre la revelacion y la ciencia. Salidas entrambas del mismo Dios, lejos de combatirse, estas dos hermanas se dan mutuamente la mano para remontarse al cielo y fundirse en la vision instintiva de la verdad, de la bondad, de la belleza infinita.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

APÉNDICE A.

LOS CLÁSICOS PAGANOS Y LOS AUTORES CRISTIANOS.

Uno de los capítulos más importantes de mi primer volumen es el que tiene por título: *El espíritu pagano considerado como una de las causas principales de la pérdida de la fe*. Yo lo he escrito con tanto mayor aplomo, en cuanto tenía que romper con tradiciones, que para mí eran como una segunda naturaleza. Largo tiempo, muy largo tiempo jesuita, habia tomado la costumbre de considerar á los clásicos paganos no solamente como indispensables en las clases de humanidades, sí que tambien como exclusivamente ó poco menos que necesarios para el estudio del latin y griego. Lo confesaré, no sin pesar mio: yo mismo he organizado los estudios del colegio de Brugelette y redactado los programas que se imprimieron, sin dar, como ¡ay! entonces se acostumbraba, ningun lugar á los autores cristianos. Los gritos de alarma del GUSANO ROEDOR hubieran de excitar en mí el pasmo y la repulsion, que excitaron en la mayor parte de mis colegas; y sin embargo, uera de algunas exageraciones más aparentes que reales,